

Cuando se traslada a Valencia en 1947 tiene 16 años y es un joven normal en apariencia, pues a pesar de los trastornos que ya le aquejan, nadie intuye una dolencia grave. Se instala con su familia en el barrio de Monteolivete y se dedica a hacer trabajos temporales, mal pagados, sin albergar un propósito determinado respecto a su futuro. La Medicina no estaba lo suficientemente avanzada para acertar en el diagnóstico. Sorprenderá a muchos saber que, pese a sus dolencias, hizo el servicio militar en Las Baleares, en Palma de Mallorca¹.

Su mili fue interrumpida en varias ocasiones para ser hospitalizado a causa de unas molestias poco definidas, como reflejan los partes médicos. En mayo de 1953 se le diagnostica “reumatismo” y un mes más tarde, el 23 de junio de 1953, se expide un certificado para que “el soldado Rodrigo Rubio, del Grupo de Artillería de Costa de Ibiza, se traslade de Palma de Mallorca –su primer destino– a Ibiza”, después de haberle dado el alta en el Hospital Militar, sin que esto suponga todavía la exclusión del ejército. El 29 de julio de ese mismo año, un nuevo certificado declara su incapacidad para seguir en el ejército y se le facilita su traslado con el ruego de que “no se le ponga impedimento para regresar a Montalvos por cuenta del Estado”. Esta autorización del Capitán General de Baleares será ratificada el 12 de agosto por el Capitán de Artillería que en la Junta de Clasificación y Revisión le excluye “totalmente” del Servicio Militar. La palabra “reumatismo” empieza a sonar en 1953, pero no es un diagnóstico específico, pues el reuma abarca muchas ramas, razón por la cual los tratamientos que se le aplican no frenan el desarrollo de la enfermedad. Será el Dr. Molerés, un reumatólogo valenciano recién llegado de Estados Unidos quien, años después, en 1956, tras un minucioso examen, le diagnostique una “artritis anquilopoyética” y le anuncie que llevará muletas el resto de su vida, porque sus caderas están secas². Un año antes, en 1955, se le había practicado una operación en el Sanatorio de la Malvarrosa, iniciando luego un tratamiento intensivo, sin conocer realmente el artritismo que padece, pues se habla solamente de “brotos reumáticos”.

A partir de ese instante, el mal se acrecienta y le recluye en casa. A la dolencia física se une la tristeza de una muerte posible cuando solamente tiene veinticinco años. La radio es por entonces su compañera, y las lecturas de autores españoles y extranjeros van formando un santuario alrededor de su lecho de enfermo. Lee con fervor a Valle Inclán, a Baroja, Azorín, Blasco Ibáñez, Gabriel Miró y tantos otros. Faulkner es para él una especie

¹ Ver parte del Coronel.

² Receta Hospital Malvarrosa.